

# EL AUXILIO DIVINO EN LA VIDA MORAL

*Según la doctrina cristiana, el hombre, dotado de naturaleza social, ha sido puesto por Dios en la tierra para que —viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios<sup>1</sup>— cultive y desarrolle plenamente todas sus facultades para gloria y alabanza de su Creador y, cumpliendo fielmente los deberes de su profesión u otra vocación, alcance la felicidad temporal juntamente con la eterna<sup>2</sup>.*

La Revelación divina nos enseña que la naturaleza humana fue elevada gratuitamente a un orden sobrenatural, que supera con mucho las exigencias naturales. Dios, por su infinita bondad, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar de los bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana<sup>3</sup>. Sin embargo, por instigación del demonio, en el mismo principio de la historia abusó el hombre de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios pero no le glorificaron como a Dios, sino que oscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura en lugar de al Creador<sup>4</sup>.

Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males que no pueden

(1) Cfr. Rom. XIII, 1;

(2) Pío XI, enc. *Quadragesimo anno*, 15-V-1931, D. 2270 (3743);

(3) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Fi-*

*lius*, cap. 2, D. 1786 (3005); Cfr. Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2318 (3891);

(4) Cfr. Rom. I, 21-25;

tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación<sup>5</sup>.

Por el pecado original, además de perder el don de justicia y santidad en que había sido constituida, la naturaleza humana perdió también su integridad primitiva. Desde entonces, aunque cada ser humano conserva una cierta orientación moral natural de sus acciones, no tiene sin embargo la fuerza para cumplir todos los preceptos morales que conoce. Después de la aparición del pecado sobre la tierra, la realización del bien se ha hecho difícil. *Es esto lo que explica la división interna del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más aún: el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo<sup>6</sup>, que le retenía en la esclavitud del pecado<sup>7-8</sup>.*

#### NECESIDAD DE LA GRACIA DIVINA PARA LA VIDA MORAL

Por su condición de seres creados, todas las cosas —el hombre también— necesitan del auxilio divino para obrar y permanecer en la existencia<sup>9</sup>. Según la común enseñanza de los teólogos, aceptada por el Magisterio ordinario de la Iglesia, esta acción natural de Dios en todas las cosas se realiza de tres modos: *por potencia, en cuanto todas se hallan sujetas a su potestad; por presencia, en cuanto todas están abiertas y desnudas a sus ojos; por esencia, en cuanto se halla en todas como causa de su ser<sup>10</sup>. Mas en la criatura racional se encuentra Dios ya de otra manera; esto es, en cuanto es conocido y amado, ya que según naturaleza es amar el bien, desearlo y buscarlo<sup>11</sup>.*

Toda acción naturalmente buena se lleva a cabo bajo el influjo

(5) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 13;

(6) Cfr. *Ioann.* XII, 31;

(7) Cfr. *Ioann.* VIII, 34;

(8) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 13;

(9) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1783-1784 (3002-3003); León XIII, enc. *Tametsi futura* 1-XI-1900;

(10) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 8, a. 3;

(11) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897;



de un específico impulso divino, pues si el hombre no es capaz de hacer nada sin el concurso de Dios, menos aún podrá obrar el bien—incluso natural— a espaldas de quien es la fuente de toda bondad. En cambio, puede realizar por sí mismo el mal, porque no consiste en un aumento en la existencia o en la vida, sino en la falta del bien debido: es un desorden, una privación, un alejamiento de Dios como bien último y fuente de toda vida.

Si el auxilio divino es necesario al hombre *en cuanto a la vida de la naturaleza, muchísimo más necesario es para la otra vida que debemos a Cristo...*, la vida de la gracia, a la que hemos de referir todos nuestros pensamientos y acciones<sup>12</sup>. La ayuda de Dios es absolutamente necesaria para llevar a cabo actos de orden sobrenatural, es decir, aquellos que por su misma esencia exceden totalmente las posibilidades de la naturaleza humana. *Nadie por sí y por sus propias fuerzas se libera del pecado y se eleva sobre sí mismo; nadie queda completamente libre de su debilidad, o de su soledad, o de su esclavitud*<sup>13</sup>; todos tienen necesidad de Cristo modelo, maestro, liberador, salvador, vivificador<sup>14</sup>. Por eso —aunque puede llamarse gracia, en sentido amplio, todo lo que la criatura recibe de Dios—, en el sentido estrictamente cristiano de la palabra, la Gracia comprende los dones sobrenaturales del amor divino, la condescendencia de Dios y la obra por medio de la cual eleva al hombre a la íntima comunión con su vida, obra que el Nuevo Testamento llama filiación divina<sup>15</sup>.

Aunque la naturaleza humana no está intrínsecamente corrompida por la culpa original, en cada hombre existe—incluso después del bautismo— una tendencia al mal y una dificultad para hacer el bien: es el *fomes peccati* o concupiscencia, que —sin ser en sí mismo pecado— *procede del pecado y al pecado inclina*<sup>16</sup>. La fuerza de la libertad, aunque no se ha extinguido<sup>17</sup>, está disminuida: *debemos predicar y creer que por el pecado del primer hombre, de tal manera quedó inclinado y debilitado el libre albedrío que, en adelante, nadie puede amar a Dios como se debe, ni creer en Dios u obrar por Dios lo que es bueno,*

(12) León XIII, enc. *Tametsi futura*, 1-XI-1900;

(13) Cfr. San Ireneo, *Adv. Haer.* III, 15, 3;

(14) Concilio Vaticano II, decr. *Ad gentes*, n. 8; Cfr. *Rom.* III, 23-24;

(15) Pio XI, enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937;

(16) Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515);

(17) Cfr. Concilio de Arlés, año 475, D. 160 a (339); Concilio II de Orange, año 529, can. 8, D. 181 (378); Concilio de Quierzy, año 853, cap. 2, D. 317 (622); Concilio III de Valence, año 855, can. 6, D. 325 (633); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 1 y can. 5, D. 793 y 815 (1521 y 1555);

sino aquél a quien previniere la gracia de la divina misericordia<sup>18</sup>. Por esta razón, siendo la gracia *absolutamente necesaria* para realizar acciones sobrenaturales, en el estado actual de la naturaleza humana es también *moralmente necesaria* para llevar a cabo actos naturalmente buenos: aquellos que cada hombre es capaz de realizar por sí mismo, con sus solas fuerzas naturales.

De modo análogo a como se dice moralmente necesaria la revelación de las verdades religiosas naturales<sup>19</sup>, esta necesidad de la gracia para la vida moral natural no procede de la esencia misma de las cosas, sino que se debe a la debilidad de la naturaleza humana. En este sentido, la gracia tiene virtud para sanar las heridas de la naturaleza y restaurarla en su primitiva fuerza: *el albedrío de la voluntad, debilitado en el primer hombre, no puede repararse sino por la gracia del bautismo; lo perdido no puede ser devuelto sino por el que pudo darlo. De ahí que la Verdad misma diga: si el Hijo os liberare, entonces seréis verdaderamente libres*<sup>20-21</sup>. Sólo observando el *orden moral con el auxilio de Dios, conformamos nuestra voluntad con la suya, y tendemos eficazmente a nuestro último fin, que es el mismo Dios, la contemplación y el gozo de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en la gloria del Cielo*<sup>22</sup>.

#### CARACTERÍSTICAS DE LA GRACIA DE CRISTO

A la luz del designio divino, la persona capaz de realizar plenamente el bien moral *es el hombre sobrenatural, que piensa, juzga y obra constantemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo*<sup>23</sup>; *el hombre entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, tal y como nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación. Por tanto, el hombre caído de su estado original pero redimido por Cristo y reintegrado en la condición sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, aunque no en los privilegios preternaturales de la inmortalidad del cuerpo y de la integridad y equilibrio de sus inclinaciones*<sup>24</sup>.

(18) Concilio II de Orange, año 529, can. 25, D. 199 (396);

(19) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1785-1786 (3004-3005);

(20) *Ioann.* VIII, 36;

(21) Concilio II de Orange, año 529, can. 13,

D. 186 (383); Cfr. Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 17;

(22) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 82;

(23) Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929;

(24) *Ibid*;



La salvación obtenida por Jesucristo no es sólo doctrina de verdad y ejemplo de virtudes frente al poder del error y del pecado; es, en primer lugar, destrucción del pecado mediante la plenitud de gracia que Jesús nos ha alcanzado. La gracia es un *principio permanente de la vida sobrenatural*<sup>25</sup> que trasciende absolutamente a la naturaleza por que procede de Dios<sup>26</sup>. *Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces*<sup>27</sup>. *Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le atrae*<sup>28</sup>.

La gracia es un don absolutamente inmerecido, al que los hombres no tenemos ningún derecho. Nos lo ha concedido Dios por su benignidad: *de pura gracia habéis sido salvados por medio de la fe* —escribe San Pablo—, *y esto no viene de vosotros, siendo como es un don de Dios: tampoco en virtud de las obras, para que nadie pueda gloriarse*<sup>29</sup>. Hasta tal punto es gratuita, que antecede y previene todos los méritos y disposiciones humanas, e incluso el mismo mérito es don de Dios<sup>30</sup>.

Aun siendo omnipotente y causando en nosotros todo lo bueno, la gracia respeta plenamente la libertad humana<sup>31</sup>. El Magisterio de la Iglesia ha dejado a la libre discusión de los teólogos el estudio de las relaciones entre el actuar soberano de Dios y la libre cooperación humana<sup>32</sup>, recomendando sólo a los fieles que, en cuestiones tan difíciles, se guarden de incurrir en un *doble error: enseñar que, en el hombre caído de la justicia original, el libre albedrío es una palabra sin realidad, como afirmaban los primeros herejes y los jansenistas; o que la gracia divina ni se concede gratuitamente, ni lo puede todo, como enseñaban los pelagianos*<sup>33</sup>.

(25) Pío XI, enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930, D. 2237 (3714);

(26) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 3, 7 y 25, D. 176, 180 y 199 (373, 377 y 396);

(27) *Iacob.* I, 17;

(28) *Ioann.* VI, 44;

(29) *Ephes.* II, 8-9; Cfr. *Rom.* XI, 5-6;

(30) Cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 4, D. 104 (226); *Indículo*, cap. 7-9, D. 136-141 (245-248); Concilio II de Orange, año 529, can. 3-9, 18 y 25, D. 176-182, 191, 198 y 199 (373-379, 388, 395 y 396); Concilio III de Valence, año 855,

can. 2, 5 y 6, D. 321, 324 y 325 (626, 632 y 633); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 5, 8 y 16, can. 3 y 32, D. 797, 801, 810, 813 y 842 (1525, 1532, 1548, 1553 y 1582); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 1794 (3014);

(31) Cfr. *Matth.* XXIII, 37; *Act.* VII, 51; *II Cor.* VI, 1-2;

(32) Cfr. Paulo V, *Fórmula sobre la cuestión De Auxiliis*, 5-IX-1607, D. 1090 (1997); Inocencio X, *Decreto contra los jansenistas*, 23-IV-1654, D. 1097 (2008);

(33) Pío XI, enc. *Ad salutem*, 20-IV-1930;

El principio permanente e intrínseco de vida sobrenatural, por el que *Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte, y hacernos resucitar a una vida eterna*<sup>34</sup>, se llama gracia habitual o santificante, elevación de la naturaleza humana para ser partícipe de la naturaleza divina<sup>35</sup>. Pero este don es precedido y encaminado por una moción también sobrenatural, aunque transitoria, por la que Dios prepara al hombre y le conduce a la justificación, al tiempo que robustece sus potencias frente a las tentaciones: la gracia actual.

La gracia actual es también un don gratuito de Dios, y en cada alma desarrolla sus efectos de una manera peculiar. *No se pueden ofrecer fórmulas prefabricadas, ni métodos o reglamentos rígidos, para acercar las almas a Cristo. El encuentro de Dios con cada hombre es inefable e irrepetible*<sup>36</sup>. Con la gracia, Dios otorga a cada alma no sólo la facilidad para realizar el bien sobrenatural, sino incluso la misma posibilidad de hacerlo<sup>37</sup>, porque las criaturas —con sus solas fuerzas— no son capaces de cumplir los mandamientos y otras obras sobrenaturalmente buenas. *Sin Mí, nada podéis hacer*<sup>38</sup>, dijo terminantemente el Señor. Y San Pablo afirma: la salvación *no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia*<sup>39</sup>.

La gracia actual no consiste, por tanto, en la inteligencia de los mandamientos o en la sola ayuda para no pecar —aunque también produzca estos efectos—, sino en la fuerza sobrenatural por la que *amamos y podemos realizar lo que hemos conocido que debe hacerse*<sup>40</sup>. Además de iluminar la inteligencia humana para que conozca verdades naturalmente inaccesibles, la gracia actual inspira y mueve a la voluntad en todo lo que se refiere a Dios, antecediendo, acompañando y perfeccionando cada acto saludable. *Dios es el que obra en vosotros, por efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar*<sup>41</sup>. Cuando sin poseer la gracia de Dios creemos, queremos, deseamos, nos esforzamos, trabajamos, amamos, vigilamos, estudiamos, pedimos, buscamos, llamamos..., por la infusión e inspiración del Espíritu Santo se da en nosotros

(34) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 4;

(35) Cfr. II *Petr.* I, 4;

(36) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 42;

(37) Cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 5, D. 105 (227); *Indiculus*, cap. 7, D. 136-138 (245); Concilio de Trento, decr.

*De iustificatione*, can. 2, D. 812 (1552);

(38) *Ioann.* XV, 5;

(39) *Rom.* IX, 16;

(40) Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 4, D. 104 (226); *Indiculus*, cap. 7, D. 136-138 (245);

(41) *Philip.* II, 13;



que creamos y queramos, o que podamos hacer como se debe todas estas cosas <sup>42</sup>.

Sobre la base de esta absoluta necesidad de la gracia actual para realizar cualquier acto saludable —*nadie puede confesar que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo* <sup>43</sup>—, el Magisterio de la Iglesia ha ido explicitando diversas aplicaciones concretas de este principio general. Así, ha enseñado que se precisa la gracia actual para levantarse del pecado original <sup>44</sup> y prepararse a la justificación <sup>45</sup>; para usar bien la libertad <sup>46</sup> y desear la gracia <sup>47</sup>; para creer <sup>48</sup> y aun para el mismo deseo de creer <sup>49</sup>; para rezar <sup>50</sup> y cumplir los mandamientos <sup>51</sup>; para resistir a las tentaciones <sup>52</sup> y no caer en pecado mortal <sup>53</sup>; para arrepentirse y hacer actos de penitencia <sup>54</sup>; para merecer la gracia <sup>55</sup> y alcanzar la perseverancia final <sup>56</sup>. De los pecados veniales, sin embargo, nadie está libre en esta vida, a no ser que se le conceda un privilegio especialísimo como el que recibió la Virgen Santísima <sup>57</sup>.

La doctrina católica sobre la gracia nos lleva a confesar, en resumen, que *Cristo es autor y causa de santidad porque no puede obrarse ningún acto saludable que no proceda de El como de fuente sobrenatural: sin Mi, nada podéis hacer* <sup>58</sup>. Cuando por los pecados cometidos

(42) Concilio II de Orange, año 529, can. 6, D. 179 (376); Cfr. *Ibid.*, can. 3-25, D. 176-199 (373-398); *Indiculus*, cap. 5-9, D. 134-141 (243-248); San León IX, Carta *Congratulamur vehementer*, 13-IV-1053, D. 348 (685); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 5-6 y can. 3, D. 797, 798 y 813 (1525, 1526 y 1553); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 1791 (3010);

(43) I Cor. XII, 3;

(44) Cfr. *Indiculus*, cap. 1, D. 130 (239);

(45) Cfr. Concilio de Trento decr. *De iustificatione*, cap. 5-6 y can. 1 y 3, D. 797, 798, 811 y 813 (1525, 1526, 1551 y 1553);

(46) Cfr. *Indiculus*, cap. 4, 8 y 9, D. 133, 139, 141 (242, 246, 248);

(47) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 5 y can. 3, D. 797 y 813 (1525 y 1553); Pío VI, const. *Auctorem fidei*, 28-VIII-1794, nn. 18 y 20, D. 1518 y 1520 (2618 y 2620);

(48) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 8 y 25, D. 181 y 199 (378 y 396); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 6 y can. 3, D. 798 y 813 (1526 y 1553);

(49) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 5, D. 178 (375);

(50) Cfr. *Ibid.*, can. 3 y 6, D. 176 y 179 (373 y 375);

(51) Cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418,

can. 4-5, D. 104-105 (226-227); *Indiculus*, cap. 1, 7-9, D. 130, 136-139, 141 (239, 245, 248); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 11, can. 2 y 18, D. 804, 812 y 828 (1537, 1552, 1568);

(52) Cfr. *Indiculus*, cap. 2-3, D. 131-132 (240-241); Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515);

(53) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 15, D. 808 (1544);

(54) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 4, D. 177 (374); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, can. 3, D. 813 (1553);

(55) Cfr. *Indiculus*, cap. 5, 8, 9, D. 134, 139, 141 (243, 246, 248); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 16, D. 809 (1546);

(56) Cfr. *Indiculus*, cap. 3 y 8, D. 132, 139 (241, 246); Concilio II de Orange, año 529, can. 10, D. 183 (380); Concilio de Quierzy, año 853, cap. 3, D. 318 (623); Concilio III de Valence, año 855, can. 2, 5, 6, D. 321, 324, 325 (626, 632, 633); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 13, can. 16 y 22, D. 806, 826, 832 (1541, 1566, 1572); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 11, D. 1011 (1911); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 1794 (3014);

(57) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, can. 23, D. 833 (1573);

(58) *Ioann.* XV, 5;

nos movemos a dolor y penitencia, cuando con temor filial y con esperanza nos convertimos a Dios, siempre procedemos movidos por El. La gracia y la gloria dimanar de su inagotable plenitud. Todos los miembros de su Cuerpo místico, y sobre todo los más importantes, reciben del Salvador dones constantes de consejo, fortaleza, temor y piedad, a fin de que todo el Cuerpo aumente cada día más en integridad y en santidad de vida.

Cuando los sacramentos de la Iglesia se administran con rito externo, El es quien produce el efecto interior en las almas<sup>59</sup>. Asimismo es El quien, alimentando a los redimidos con su propia carne y sangre, apacigua los desordenados y turbulentos movimientos del alma, aumenta las gracias y prepara la gloria a las almas y a los cuerpos. Y estos tesoros de su divina bondad los distribuye a los miembros de su Cuerpo místico, no sólo por el hecho de que los implora como Hostia eucarística en la tierra y glorificada en el Cielo, mostrando sus Llagas y elevando oraciones al Eterno Padre, sino también porque escoge, determina y distribuye a cada uno las gracias peculiares, según la medida de la donación de Cristo<sup>60-61</sup>.

#### GRACIA DIVINA Y COOPERACIÓN HUMANA

La salvación obtenida por Cristo y comunicada por medio de la gracia tiene una extensión universal, ya que es voluntad de Dios *que todos los hombres se salven*<sup>62</sup>. Para salvar a todos ha asumido nuestra naturaleza: *tanto para redimir a los judíos, que estaban bajo la ley, como para que las naciones, que no seguían la justicia, recibieran la justicia*<sup>63</sup> *y todos recibieran la adopción de hijos de Dios*<sup>64-65</sup>.

La iniciativa divina abre las puertas de la salvación a todas las almas. Ninguna queda excluida de su afán redentor porque ante El *no hay distinción de judío y gentil, ya que uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan*<sup>66</sup>. Sin embargo, es una realidad que no todos los hombres se salvan: no por defecto de la misericordia de Dios, sino por falta de cooperación humana. *Como no hay,*

(59) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 64, a. 3;

(60) *Ephes.* IV, 7;

(61) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943;

(62) *I Tim.* II, 4;

(63) *Rom.* IX, 30;

(64) *Galat.* IV, 5;

(65) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 2, D. 794 (1522); Cfr. Concilio de Arlés, año 475, D. 160 b (340); Concilio de Quiersy, año 853, cap. 3, D. 318 (623); Inocencio III, epist. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780);

(66) *Rom.* X, 12;



ni hubo, ni habrá jamás hombre alguno cuya naturaleza no fuera asumida en Cristo, así no hay, ni hubo, ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo Jesús, Señor nuestro, aunque no todos sean redimidos por el misterio de su Pasión<sup>67</sup>.

Ahora bien —enseña el Magisterio de la Iglesia—, que algunos se salven es don del que salva; pero que algunos se pierdan es merecimiento de los que se pierden<sup>68</sup>. Dios, conocedor de todo lo escondido, sabe todas las cosas antes de que sucedan<sup>69</sup>. Por eso supo absolutamente de antemano que los buenos habrían de ser buenos por su gracia, y que por la misma gracia habrían de recibir los premios eternos; y previó que los malos habrían de ser malos por su propia malicia, y que su justicia habría de condenarlos con eterno castigo<sup>70</sup>. La doctrina de fe afirma que el premio de la vida eterna es siempre efecto de la divina misericordia, que ha predestinado para el bien a los que quiso: aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida<sup>71</sup>. Los que se condenan, en cambio, se pierden por su propia culpa, pues Dios —fuente de bien y de toda santidad— otorga a todos la gracia necesaria para la salvación y a nadie predestina al mal. En la elección de los que han de salvarse —afirma la doctrina católica—, la misericordia de Dios precede al buen merecimiento; mas en la condenación de los que han de perecer, el merecimiento malo precede al justo juicio de Dios<sup>72</sup>, y es la única causa de que no alcancen la felicidad eterna. La salvación es obra de la gracia, la condenación proviene de la negativa del hombre a colaborar con Dios.

La perseverancia se asegura procurando luchar, nos enseña el Padre. Es una cosa estupenda que no estemos ciertos. Si supiéramos que teníamos la perseverancia asegurada, seríamos unos soberbios. Por eso, no saberlo es una providencia de Dios, que nos sirve para comprobar que somos flacos y pobres y desagradecidos. Así, cuando nos damos cuenta de esta realidad, procuramos no apartarnos de Dios, luchar, arreglar las cosas rápidamente si hemos sufrido alguna derrota, y volver al camino. Así perseveraremos.

(67) Concilio de Quiersy, año 853, cap. 4, D. 319 (624); Cfr. Concilio III de Valence, año 855, can. 4, D. 323 (630); Pío II, Carta *Cum sicut*, 14-XI-1459, n. 2, D. 717 b (1362);

(68) Concilio de Quiersy, año 853, cap. 3, D. 318 (623); Cfr. Concilio de Arlés, año 475, D. 160 (333, 339 y 340);

(69) Cfr. *Dan.* XIII, 42;

(70) Concilio III de Valence, año 855, can. 2, D. 321 (626);

(71) *Apoc.* XXI, 27; Cfr. *Rom.* VIII, 29-30; *Ephes.* I, 4-5;

(72) Concilio III de Valence, año 855, can. 3, D. 322 (627);

Toda iniciativa en orden a la salvación procede de Dios, pero el Señor cuenta con la libre cooperación humana<sup>74</sup>. Por eso *está muy lejos de la verdad decir que los movimientos voluntarios sean menos libres a causa de esta intervención de Dios; porque la fuerza de la gracia divina es íntima en el hombre y congruente con la propensión natural, ya que procede del mismo autor de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, que mueve todas las cosas según conviene a la naturaleza de cada una*<sup>75</sup>. Por el contrario, la gracia —ilustrando el entendimiento e impeliendo al bien moral a la voluntad, robustecida con saludable constancia— *hace más fácil y al mismo tiempo más seguro el ejercicio de la libertad*<sup>76</sup>, pues no sólo no se pierde el libre albedrío, sino que se libera, a fin de que se convierta de tenebroso en lúcido, de torcido en recto, de enfermo en sano, de imprudente en pródigo<sup>76</sup>. Los valores naturales de la libertad, sólo en la elevación al orden de la gracia encuentran su plena realización y su perfecto cumplimiento... Sólo Nuestro Señor puede darnos la verdadera libertad, porque vino praedicare captivis remissionem et caecis visum, dimittere confractos in remissionem (Luc. IV, 19); a anunciar libertad a los cautivos, a dar la vista a los ciegos, a soltar las amarras de los que están oprimidos<sup>77</sup>.

Por el respeto con que Dios trata a cada alma, el hombre puede resistir a la gracia y hacer estéril la acción divina. Este fue el reproche de San Esteban a los judíos: *hombres de dura cerviz y de corazón y oído incircuncisos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo*<sup>78</sup>. Es una verdad de fe reafirmada por la Iglesia frente a la herejía jansenista y a otros errores análogos<sup>79</sup>.

La respuesta libre del hombre a la gracia de Dios debe hacerse *con pensamiento, palabra y obra*<sup>80</sup>. No basta la sola fe para cooperar

(73) Cfr. *Indiculus*, cap. 5-7, D. 134-138 (243-245); Concilio de Arlés, año 475, D. 160 a (330 y 339); Concilio II de Orange, año 529, cap. 3, D. 200 (397); Concilio de Trento, dect. *De iustificatione*, cap. 5, 7, 13, y can. 4, D. 797, 799, 806 y 814 (1525, 1529, 1541 y 1554); Inocencio XI, const. *Coelestis Pastor*, 20-XI-1687, nn. 1-17, D. 1221-1237 (2201-2217); Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947, D. 2299 (3846); León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888;

(74) *Ibid.*;

(75) *Indiculus*, cap. 9, D. 141 (248);

(76) Carta *Nunquam antehac*, 30-IV-1946, n. 3;

(78) *Act.* VII, 51; Cfr. *Matth.* XXIII, 37; *Ioann.* VI, 51;

(79) Cfr. Inocencio X, const. *Cum occasione*, 31-V-1653, nn. 2 y 4, D. 1093 y 1095 (2002 y 2004); Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, nn. 5 ss, D. 1295 ss (2305 ss); Clemente XI, const. dogm. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, nn. 1-25, 30 y 31, D. 1351-1375, 1380 y 1381 (2401-2425, 2430 y 2439); Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 21, D. 1521 (2621); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3 y can. 5, D. 1791 y 1814 (3010 y 3035);

(80) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 14;



adecuadamente con la gracia: Dios exige el esfuerzo personal de cada uno, las obras. Aunque nuestro Salvador, por medio de crueles sufrimientos y de una acerba muerte, mereció para su Iglesia un tesoro infinito de gracias, sin embargo, estas gracias —por disposición de la divina Providencia— no se nos conceden todas de una vez; y su mayor o menor abundancia depende también no poco de nuestras buenas obras, con las que se atrae sobre las almas esta verdadera lluvia de dones celestiales, gratuitamente dada por Dios.

Esta lluvia de gracias será ciertamente sobreabundante si no sólo elevamos ardientes plegarias a Dios, sobre todo participando con devoción, y a ser posible diariamente, del Sacrificio eucarístico; si no sólo nos esforzamos en aliviar con obras de caridad los sufrimientos de tantos menesterosos; mas si también preferimos a las cosas pasajeras de esta vida los bienes imperecederos, si domamos con mortificaciones voluntarias este cuerpo mortal, negándole las cosas ilícitas e imponiéndole las ásperas y arduas; si, en fin, aceptamos con ánimo resignado, como venidos de la mano de Dios, los trabajos y dolores de la vida presente <sup>81</sup>.

Ningún hombre podrá decir que ha sido desamparado de Dios, si hace cuanto está a su alcance, porque el Señor concede su auxilio a todos, también a los que están fuera de la Iglesia sin culpa propia <sup>82</sup>. Si hay correspondencia con obras, Dios comunica a las almas, con su gracia, una seguridad inquebrantable, las enciende en ímpetus de fidelidad y entrega; les da luces claras, para cumplir su Voluntad amabilísima; y las enardece, para lanzarse a metas inaccesibles al alcance humano <sup>83</sup>.

#### POSIBILIDAD NATURAL DE OBRAR EL BIEN

La ley de gracia no suprime la ley natural, ni el influjo divino aniquila las fuerzas propias de la naturaleza humana, sino que corrige sus tendencias desordenadas, sana las heridas del pecado y eleva toda la vida del hombre a un plano superior. *Hijos míos* —nos recuerda el Padre—. *es preciso que no perdamos nunca de vista ese fin sublime*

(81) Pío XII, enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943;

(82) Cfr. Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, n. 5, D. 1295 (2305); Clemente XI, const. dogm. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, n. 29, D. 1379 (2429); Pío IX, enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863, D. 1677 (2866);

Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 1794 (3014 y 3015); Pío XII, *Carta del Santo Oficio al Arzobispo de Boston*, 8-VIII-1949, (D. 3866 ss); Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 16;

(83) *Carta Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 5;

al que hemos sido destinados. ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde el alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? (Matth. XVI, 26). *Unico es nuestro último fin, de hecho sobrenatural, que recoge, perfecciona y eleva nuestro fin natural, porque la gracia supone, recoge, sana y eleva la naturaleza* <sup>84</sup>.

La permanencia de las fuerzas morales naturales ofrece, incluso al hombre no justificado, la posibilidad de realizar acciones naturalmente buenas. Los reformadores protestantes y los jansenistas negaron este punto del dogma católico, hasta afirmar que, fuera del orden sobrenatural, toda acción humana sería pecaminosa. Esta concepción pesimista del obrar humano tiene consecuencias funestas para toda la vida moral. En efecto, suprimiendo el fundamento natural de la vida sobrenatural se despoja al hombre de su libertad y, por tanto, de su personal responsabilidad: no podría responder con iniciativa moral libre a la llamada divina —por tanto no habría mérito—, ni podría ser verdaderamente responsable de sus actos —por tanto, incapaz de pecar—, ya que todo pecado supone la posibilidad real de elegir entre el bien y el mal.

En la base de esta concepción, rechazada por la Iglesia como herética, se encuentran dos graves errores: el primero, la confusión entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia, por la que los bienes divinos comunicados al hombre se consideran como pertenecientes a la integridad de la naturaleza, y no como don gratuito de Dios. En segundo lugar, la concepción —también herética— del pecado original como algo que ha corrompido sustancial e irreparablemente la naturaleza humana.

La doctrina católica afirma, por el contrario, la posibilidad que cada hombre tiene —aunque no haya sido bautizado o se encuentre en pecado mortal— de realizar actos morales naturalmente buenos <sup>85</sup>. De los que no habían recibido la revelación, escribía San Pablo: *cuando las gentes, que no tienen Ley, hacen por la ley natural las cosas que manda la Ley, éstos, no teniendo Ley, son ley para sí mismos y mues-*

(84) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 59;

(85) Cfr. León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 31, D. 771 ss (1481 ss); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 11, can. 7, 25, D. 804, 817 y 835 (1539, 1557 y 1575); San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, nn. 16, 22, 25, 35-37, 61, 68, D. 1016, 1022, 1025, 1035-1037, 1061, 1068 (1916, 1922,

1925, 1935-1937, 1961, 1968); Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, nn. 8 y 11, D. 1298 y 1301 (2308 y 2311); Clemente XI, const. dogm. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, nn. 1-7, 39, 59, D. 1351-1357, 1389, 1409 (2401-2407, 2439, 2459); Pío IX, enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863, D. 1677 (2866);



tran los mandatos de la Ley escritos en sus corazones<sup>86</sup>. Por eso la Iglesia refutó la tesis de Bayo, según la cual *todas las obras de los infieles son pecados, y las virtudes de los filósofos son vicios*<sup>87</sup>, y rechazó también el error de los jansenistas, que afirmaban: *todo lo que no procede de la fe cristiana sobrenatural que obra por la caridad, es pecado*<sup>88</sup>.

Santo Tomás, haciéndose eco de la Tradición católica, explicaba así este punto de la fe: *es falso sin lugar a dudas que sea demeritorio cualquier acto que no proceda de la voluntad informada por la caridad. Si así fuera, aquellos que están en pecado mortal pecarían en cada acción que realizaran y no sería conveniente aconsejarles que hagan todo el bien que puedan, ni las obras hechas por ellos, pertenecientes a los actos buenos, les dispondrían a la gracia. Cosas que son totalmente falsas*<sup>89</sup>.

Al exponer la doctrina católica frente a las herejías protestante y jansenista, la Iglesia afirma también la existencia en el hombre de virtudes morales naturales, fruto de la repetición de actos naturalmente buenos, que facilitan el ejercicio del bien moral<sup>90</sup>.

Sin rechazar esta posibilidad puramente natural de hacer el bien, hay que guardarse del error opuesto, divulgado especialmente por el naturalismo de los últimos siglos. *Consiste en decir que, siendo rectas y buenas todas las inclinaciones naturales de la voluntad, no se han de temer ni refrenar jamás. De este falso principio arrancan aquellos métodos de educación... que han llegado a suprimir toda separación de sexos y a no tomar precaución alguna contra las nacientes pasiones de los niños y de los adolescentes; de ahí también aquella licencia en escribir y leer, en la organización y ejecución de espectáculos, en los que corren gravísimo peligro el pudor y la inocencia, y lo que es peor, dan lugar a caídas lamentables. De ahí, en fin, aquella deshonesta moda en el vestir, para cuya extirpación no trabajarán jamás lo suficiente las mujeres cristianas*<sup>91</sup>.

No hay que olvidar tampoco que el alma en estado de pecado —original o personal— no puede observar por largo tiempo todos los

(86) Rom. II, 14-15;

(87) San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, n. 25, D. 1025 (1925);

(88) Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, n. 11, D. 1301 (2311);

(89) Santo Tomás, *De malo*, q. 2, a. 5 ad 7;

(90) Cfr. San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, nn. 16, 25, 36-38 y 62, D.

1016, 1025, 1036-1038 y 1062 (1916, 1925, 1936-1938 y 1962); Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, nn. 7-9, D. 1297-1299 (2307-2309); Clemente XI, const. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, nn. 44-67, D. 1394-1417 (2444-2467);

(91) Pío XI, enc. *Ad salutem*, 20-IV-1930;

mandamientos, ni evitar todos los pecados mortales. De manera análoga a como la gracia fortalece la naturaleza y cura sus heridas, así los pecados personales enconan esas heridas y debilitan las fuerzas naturales. La flaqueza causada por el pecado de origen se hace más profunda con cada pecado mortal, dificultando progresivamente la realización del bien natural. Esta es la razón de que el hombre no justificado, aunque conserve la capacidad íntima de resistir a las tentaciones y cumplir los deberes naturales, considerados individualmente, de hecho no puede conservarse inmune de pecado mortal durante toda su vida, con las solas fuerzas naturales. El hombre justificado, en cambio, adquiere esa fuerza con la gracia santificante, que además le da derecho a todas las gracias actuales necesarias para sanar su debilidad y perseverar en el bien.

*El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos<sup>92</sup>, recibe las primicias del Espíritu<sup>93</sup>, que le capacitan para cumplir la ley nueva del amor<sup>94</sup>. Por medio de este Espíritu, que es prenda de la herencia<sup>95</sup>, se restaura internamente todo el hombre hasta que llegue la redención del cuerpo<sup>96-97</sup> y, con ella, la restauración de la naturaleza humana en su integridad original y la plena participación en la vida de Dios. Mientras tanto, urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar con muchas tribulaciones, contra el demonio, e incluso de padecer la muerte. Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo y corroborado por la esperanza, llegará a la resurrección<sup>98-99</sup>.*

(92) Cfr. *Rom.* VIII, 29; *Colos.* III, 10-14;

(93) *Rom.* VIII, 23;

(94) Cfr. *Rom.* VIII, 1-11;

(95) *Ephes.* I, 14;

(96) *Rom.* VIII, 23;

(97) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22;

(98) Cfr. *Philip.* III, 10;

(99) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.